



ESPIRITUALIDAD POPULAR: DE ACUSADA A INTERPELANTE DE LA IGLESIA NO-POPULAR

Víctor Codina

Hoy se habla mucho de Religiosidad popular, pero ¿se da también una Espiritualidad popular? ¿Cómo interpela esta espiritualidad a los que formamos una Iglesia más cultivada? Tomamos esta reflexión de SAL TERRAE, noviembre 1980.

1. ¿Puede hablarse de espiritualidad popular?

En estos últimos años la teología ha comenzado a preocuparse de la Religiosidad popular, tema que anteriormente había interesado a sociólogos, etnólogos e historiadores de la religión. Seguramente la misma denominación de Religiosidad popular y su centramiento en los aspectos festivos y cultícos, se debe a que la teología ha reflexionado con retraso sobre los estudios iniciados por las ciencias humanas y sociales, que obviamente estudian los fenómenos religiosos en cuanto empíricamente constatables. Pero quizás ha llegado el momento de dar un paso más y preguntarse si se puede hablar no sólo de Religiosidad Popular sino de Espiritualidad popular.

Para centrar el tema, digamos desde el comienzo que entendemos por popular no simplemente lo referente al pueblo como colectividad genérica (comunidad humana, nación, Pueblo de Dios, Iglesia), sino lo que dice relación al pueblo

concretamente como estamento social pobre y sencillo, sin poder económico ni cultural, oprimido y empobrecido. Tratóndose del mundo cristiano, la espiritualidad popular se refiriría no simplemente a la espiritualidad laical o de la comunidad cristiana en general, sino al sector cristiano económicamente débil y socialmente marginado: ¿existe una espiritualidad popular en cuanto es espiritualidad de los pequeños y sencillos?

La pregunta no deja de presentar dificultad pues las historias de la espiritualidad cristiana nos hablan de la espiritualidad de personas individuales (santos místicos, obispos, clérigos, fundadores...), de movimientos de espiritualidad (litúrgico, bíblico, comunitario...), de los diferentes carismas (espiritualidad sacerdotal, laical, religiosa...) o de la evolución histórica de las corrientes de espiritualidad (monástica, medieval, renacimiento, contrareforma...), pero rara vez hablan de la espiritualidad popular como espiritualidad del pueblo pobre y sencillo. El pueblo no escribe libros, ni crónicas, no funda congregaciones, ni forma una escuela determinada de espiritualidad. La historia de la espiritualidad considera ordinariamente al pueblo como sujeto pasivo que recibe consejos, doctrina y normas de espiritualidad de parte de los dirigentes eclesiales y culturales, pero no lo considera un protagonista activo de su historia espiritual. Es más un consumidor que agente espiritual.

Se ha hablado del divorcio que en la edad media se consumó entre teología y espiritualidad, pero lo que no se ha dicho es que este divorcio es sólo un aspecto de otra separación más dolorosa entre los sectores poderosos de la iglesia y el pueblo pobre y sencillo. La consecuencia de todo ello es que tanto la teología como la espiritualidad parece haber quedado reservada a los sectores de la "High Church" (clero, religiosos, laicos promocionados y cultos), que tienen tiempo libre, dinero y cultura para dedicarse al cultivo de lo "espiritual", mientras que al pueblo sencillo y pobre se le reserva "lo festivo" (procesiones, peregrinaciones, devociones a santos, sacramentos de las cuatro estaciones de la vida...) como una especie de "panem et circenses" eclesial para que satisfaga su instinto religioso y no interpele al resto de la iglesia.

Paradójicamente, la espiritualidad en manos de los sectores no populares se ha ido privatizando, convirtiendo en algo así como "el cultivo de la belleza del alma" para minorías iniciadas, mientras que lo popular parece ser sinónimo de supersticioso, salvaje, alienante. No es pues casual que las élites eclesiásticas que se interesan por estos temas y que se consideran los auténticos portadores y jueces oficiales de la espiritualidad, ni tan sólo hablen de espiritualidad popular, sino simplemente de "Religiosidad popular" o de "católicos festivos" y aun con ciertas reservas, como esos agentes de aduanas que se dan cuenta de que se introduce mercancía de contrabando en el país, pero cierran los ojos y la dejan pasar...

La misma renovación del Vaticano II en los campos bíblico, litúrgico, ecuménico, eclesial y laical, ha afectado directamente y primariamente a los sectores cultos y directivos del laicado. El pueblo sencillo y pobre ni se ha enterado gran cosa, ni se ha sentido directamente interpelado. Por esto ciertas reformas conciliares han chocado con la inercia del pueblo que vivía en otro horizonte cultural y espiritual y que no las ha "recibido".

2. *El pueblo tiene su espiritualidad.*

Cualquiera que haya tenido un mínimo de contacto no superficial con los sectores pobres y sencillos del pueblo (vg. campesinos, pescadores, peonaje obrero, inmigrantes, gente de suburbio, países del tercer mundo...) habrá observado que más allá de los egoísmos y pasiones personales existentes, más allá de formas aberrantes, a veces, de religiosidad, más allá de expresiones poco ortodoxas, más allá de sus mismas manifestaciones festivas y simbólicas, existe como una veta de humanidad en la que se hallan actitudes y valores connaturales y consubstanciales con el Reino y que los podríamos compendiar en solidaridad. Una solidaridad sin límites que se manifiesta en hospitalidad y capacidad de acogida al extraño, en gratitud en el don, en compañerismo en el trabajo, en naturalidad en el compartir en un sentido comunitario profundo que va más allá de la familia, el pueblo, los vecinos, los paisanos, los compañeros y que apunta hacia un sentido de humanidad y fraternidad universal, que contrasta con el individualismo típicamente burgués.

Esta solidaridad alcanza dimensiones cósmicas, de amor, simpatía y ternura hacia todo ser, hacia todo viviente, hacia toda persona, desde el feto al anciano y que se torna compasiva ante el dolor ajeno y ante la misma muerte. El trabajo, ordinariamente manual, el contacto en muchos casos - con la naturaleza, la misma dureza de la vida, confieren al pueblo sencillo y pobre una mezcla de sinceridad y realismo crudo, sin engaños ni tabúes, sobre la vida, el sexo, el dinero, el poder y la misma muerte.

Pero seguramente la raíz última de esta actitud de solidaridad es más profunda: es la experiencia del haber sufrido en la vida y de la constante inseguridad ante el mañana. Y todo ello no simplemente como el salario de todo mortal, sino como injusticia sobreañadida por el egoísmo de otros sectores de la sociedad y del mundo. De ahí brota un sentido vivo de la justicia y de la dignidad de toda persona y - una conciencia clara de que esto no es lo que Dios quiere - de los hombres. De ahí nace una actitud, mezcla de "resis-tencia y de sumisión", que cuando se sana y no está manipu-lada, no desemboca en resignación pasiva, ni en nihilismo - cínico, ni en una desesperanza suicida, sino en un ansia incoercible de justicia, en una lucha colectiva contra la o-presión, en un inmenso amor a la vida y en una esperanza de un mañana mejor para sus hijos. Y todo ello trascendido por un sentido, más o menos explícito, de Dios como Señor y Padre que un día hará justicia y que desea que vivamos ya ahora - como hermanos. Este profundo convencimiento religioso, ex-presado a veces en lenguajes inexactos o ambiguos, convier-te la vida en una oración viva, que es gemido, suspiro, que jío, grito de angustia y de confianza: ¡Dios mío, Dios mío!

No se trata de mitificar al pueblo, convirtiéndolo en el nuevo mesías, ni de caer en un populismo romántico, ni de - negar la necesidad de una crítica ilustrada y evangélica de lo popular: se trata simplemente de constatar la connatura-lidad entre los valores más hondos del pueblo pobre y sencillo y los valores del Reino anunciados por el evangelio. Y esto anteriormente a las opciones personales concretas, mu-chas veces egoístas y no solidarias. Del mismo modo que las clases poderosas poseen una connaturalidad con los valores antievangélicos, aunque haya personas concretas que sean bue

nos cristianos, pues para Dios no hay nada imposible (Mc.10, 23-27): el sufrimiento y el dolor suele ser el medio provisional para que el rico se abra al Reino.

3. Interpretación teológica.

¿Es coherente con la historia de salvación esta extraña espiritualidad de los pobres?

Si leemos desapasionadamente la biblia, nos hallamos - con la misma sorpresa: el pueblo sencillo y pobre es el objeto de la predicación divina en orden al Reino: los israelitas esclavos de Egipto, los exiliados de Asiria y Babilonia, el extranjero, la viuda y el huérfano defendidos por los profetas, los que corren para ser bautizados por Juan, Zacarías e Isabel, María y José, Simeón y Ana, la viuda que da su hacienda al templo, la gente que se acerca a Jesús en busca de todo tipo de salvación, el grupo que sigue a Jesús...

El Nuevo Testamento distingue claramente el pueblo pagano y gentil al que hay que anunciar el evangelio (éthnos o en plural ethné, que aparece 162 veces en el NT) del pueblo escogido (laós, 142 veces). Pero reconoce la existencia de otro sector pobre del pueblo, masa popular sin importancia pública, despreciado (óǵlos, 174 veces). Jesús se dirige a este sector, se compadece de ellos (Mt 9,36), mientras los líderes religiosos judíos les tienen por malditos, porque no conocen la ley (Jn 7,49). Son los anónimos, la turba, y sin embargo Jesús los proclama bienaventurados (Lc 6,20), dice que a ellos hay que anunciar el evangelio prioritariamente (Lc 4,18 y 7,22) y en un texto que los exégetas no dudan de atribuir al Jesús histórico, éste exulta mesiánicamente y alaba al Padre porque a ellos les han sido revelados los misterios del Reino (Mt 11,25-27; Lc 10,21-27)

Pero esto dicho, ¿dónde radica el fundamento último de esta predilección de Jesús por ellos, que sin duda es el fundamento teológico de la espiritualidad popular?

La predilección de Jesús (y de Yahvé en el Antiguo Testamento) hacia los pobres no tiene un fundamento antropológico ni moral, porque como hemos visto no siempre cada persona del pueblo vive evangélicamente su situación de pobreza. La predilección de Dios es antecedente a toda consideración moral personal. Radica en el hecho de que el pueblo

sufre injustamente. La espiritualidad popular es la del - clamor que desde la sangre de Abel (Gn 4,10) pasando por el grito de la viuda y el huérfano (Ex 22,21-22) y el salario de los segadores denegado (Sant 5,4), se prolonga hasta los gritos del torturado en las cárceles del Brasil, las lágrimas de las viudas de los mineros bolivianos asesinados, el grito de los camboyanos que zozobran en alta mar, el dolor de los disidentes rusos internados en centros psiquiátricos y la angustia de todos los trabajadores en paro. Este clamor, como el de los israelitas en Egipto, llega al cielo - (Ex 3,7-9), conmueve a Dios, como le conmovieron a Jesús las lágrimas de la pobre viuda de Naím (Lc 7,13) o al padre de la parábola el retorno del hijo pródigo (Lc 15,26). Es más, Jesús se ha solidarizado con este clamor y él mismo muere - en medio de un grito desgarrador (Mc 15,34), de modo que el clamor de los hombres de hoy no es más que la prolongación histórica del "¡Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?!", de Jesús en la cruz. Es el Espíritu Santo quien, a través de estos gemidos, clama al cielo en una oración sor-da y balbuciente, pero que llega al corazón del Padre (Rm. 8,26-27).

Este clamor es la raíz de la solidaridad humana que el pueblo anhela y desea vivir, del amor a la vida que le llena el corazón, de su realismo y dureza, de su compasión y - de su oración ontológica a Dios. Toda su vida es un grito de súplica que forma parte del gemido de toda la creación - por ser liberada (Rm 8,20-22).

Pero este grito es escuchado por Dios, como fue escuchado el clamor de Jesús (Hb 5,7). Por esto el pobre espera - ser liberado de su opresión, espera participar de la resurrección, y esta esperanza es la que estalla gozosamente en sus fiestas: este es el elemento simbólico, utópico y contemplativo de la espiritualidad popular, pero que no se puede desgajar de sus raíces más hondas. La religiosidad popular desconectada de su entraña vital puede ser manipulada y alienante.

Todo esto explica que los pobres deban ser evangelizados prioritariamente, pues de ellos es el Reino, ya que ellos lo anhelan ardientemente al vivir ahora en su propia carne el negativo del Reino, la injusticia. Y por esto cuando los -

pobres son evangelizados, se da una gozosa coherencia entre lo que viven, sin saberlo, y lo que se les anuncia: la buena nueva del Reino. Anteriormente a la evangelización que viene de fuera, el Espíritu había hecho nacer en su corazón una fuente que salta hasta la vida eterna (Jn 4,14). Este es el sentido teológico de que los pobres hayan sido escogidos por Dios para hacerles ricos en la fe y herederos del Reino (Sant 2,5) y de que Dios haya elegido lo plebeyo y despreciable del mundo para confundir a los sabios y fuertes - (1 Cor 1,26-28). Esta es la gran alegría que se anuncia a los pastores de Belén: os ha nacido un Salvador en un pesebre (Lc 2,10-12).

Cuando el pueblo acoge el evangelio, nace por la fuerza del Espíritu una iglesia nueva, desde abajo, que es fermento ante el mundo y ante la gran iglesia: una iglesia no simplemente para los pobres, ni con los pobres, sino de los pobres.

Desde aquí se puede entender que la solidaridad con el pueblo no es ni beneficencia, ni paternalismo, sino el asociarse a su historia de pasión, escuchar su clamor de justicia, hacerlo propio y luchar con el pueblo en busca de una humanidad fraterna y filial, como quiere Dios. ¿No es esto lo que hizo Jesús al solidarizarse desde su nacimiento con el pueblo sencillo y pobre, identificándose con su clamor - hasta decir "cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos - más pequeños, a mí me lo hicisteis"? (Mt 25,40).

4. Interpelaciones a la iglesia no-popular.

Se puede objetar que esta pretendida espiritualidad popular reviste a menudo formas poco eclesiales, poco litúrgicas, excesivamente ambiguas, más aún, que muchas veces deriva hacia un positivo alejamiento de la iglesia e incluso hacia formulaciones ateas. ¿Cómo puede ser esto fruto del Espíritu?

Hay que proceder genéticamente y preguntarse quién ha sido históricamente el principal causante de esta situación.- ¿No es el pueblo más víctima que culpable de este extrañamiento eclesial o de este ateísmo?

Parece que los cristianos, en general, y sobre todo los responsables eclesiales que saben que el Padre se ha revela

do al pueblo y que éste es el destinatario privilegiado del evangelio, deberían ante todo escuchar el clamor del pueblo, lo cual equivale a escuchar la voz del Espíritu y del mismo Jesús. Sólo a partir de esta auscultación podrá la iglesia vivir una fe auténtica y anunciar al pueblo el evangelio como respuesta de su clamor. Pero si en vez de escuchar este gemido se va al pueblo a adoctrinarlo, a sujetarlo con rii--tos o a hacerle beneficencia, entonces el pueblo se aleja - de la iglesia o sólo mantiene con ella el mínimo de contacto vital.

¿Como va el pueblo pobre y sencillo a entender el len--guaje clerical, litúrgico, moral, las encíclicas y pasto--rales, que están escritas y pensadas desde otro horizonte social, cultural, teológico y espiritual? ¿Cuántos obis--pos, teólogos, profesionales de la liturgia, la espiritua--lidad o la moral, viven en medio del pueblo para escuchar su clamor angustioso y solidarizarse con él? ¿Cómo puede ser creíble el evangelio y cómo puede el pueblo frecuentar la iglesia, si éste ve que muchos de sus grandes enemigos y opresores son los llamados cristianos practicantes, que frecuentan el templo, asisten a retiros y cultivan la "es--piritualidad"? ¿Qué interés va a tener el pueblo en inte--grarse en la iglesia, si ésta le resulta menos comunitaria y menos solidaria de lo que el pueblo ya vive en su clase popular?

Si medimos la espiritualidad por la frecuencia de prác--ticas religiosas, de días de retiro, de libros leídos, el pueblo no tiene espiritualidad, sino todo lo más una reli--giosidad popular folklórica y festiva. Pero si la espiri--tualidad es la vida según el Espíritu, y éste clama a tra--vés del pueblo, entonces el pueblo, posee espiritualidad y más evangélica y comunitaria por cierto, que la de muchos sectores eclesiales.

Porque la espiritualidad popular ya es hora que pase de acusada a interpelante y que como el pobre Job se dirija a los teólogos que la enjuiciaban:

"Yo también podría hablar como vosotros si estuvierais en mi lugar. Multiplicaría las palabras y movería la ca--beza por vosotros. Os reanimaría con discursos bonitos hablando con toda libertad. Pero cuando hablo no se suaviza

mi dolor y si callo tampoco se aparta de mí" (Jb 16,4-5.)

En cambio, de Monseñor Oscar Romero se dice que escuchó la voz del pueblo, éste le convirtió e hizo de él un testigo de la fe.

Unicamente podrá ser llamada cristiana la espiritualidad que escuche y acoja las aspiraciones más profundas de la espiritualidad popular.



D I A K O N I A

NUMEROS ATRASADOS DISPONIBLES

13. *Vivir la fe en un horizonte socialista*
14. *Testimoniar la fe en América Latina*
15. *Espiritualidad para tiempos de revolución*
16. *Los Ejercicios Espirituales hoy*
17. *Díos hoy*
18. *Amar a la Iglesia*
19. *Comunidades Eclesiales de Base.*